Balada a tres cañones I

RIQUELME LEAL RIVERA

TRES BALAS en la PAMPA

Un Western en la Pampa Salitrera

Hugo Riquelme Becerra
Daniel Leal Arancibia
Michael Rivera Marín

AUREA
EDICIONES

© Tres Balas en la Pampa – Un Western en la Pampa Salitrera.
Colección: Balada a tres cañones
Primera edición: Mayo 2018
Primera reimpresión: Septiembre 2018
Segunda edición: Marzo 2019, segunda reimpresión: Julio 2019

Hugo Riquelme Becerra
Daniel Leal Arancibia
Michael Rivera Marín

Edición: Martín Muñoz Kaiser
Ilustración de portada: Felipe Montecinos
Diseño de tipografía de título: David Cofré
Ilustraciones Interiores: Juan Manuel Almirón
Corrección de textos: Felipe Uribe Armijo

AUREA
EDICIONES

© Áurea Ediciones
www.facebook.com/aureaedicioneschile
@aureaediciones1
www.aureaediciones.cl
Av. Errazuriz 1178 of 75, Valparaíso, Chile.

ISBN: 978-956-6021-04-9
Registro de Propiedad Intelectual N°: 276.144

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

"En el oleaje ardiente del océano de arena, mora el silencio.

Más allá, la roca rompe la costra salina con su mineral, con su promesa de riqueza, de quebradura de alma, de fatiga inefable y labios partidos.

El cielo es amplio, abrumador y celeste; no hay nubes que ensucien el horizonte. El disco solar se empina en el cielo, cubriéndolo todo con su mirada ardiente. Silencio, en medio de la pampa, eso es todo lo que trae el viento. Y todo lo que se lleva. "

JHA
18

1. EL TREN DE HUANCHACA

Un sombrero Stetson negro dibujó una estela en la arena; era un sombrero viejo. Voló a bordo de una ráfaga hasta las rocas, evitando que se fuera colina abajo, en dirección de una vía férrea que, a la intemperie, atravesaba la pampa. Lo siguieron un par de botas que levantaron polvo del suelo en una sucesión de pasos duros pero seguros. Las botas quedaron cubiertas de tierra y el silencio en el viento sufrió la interrupción de un largo resoplido que se perdió en dirección al horizonte. La mano de un hombre tomó el sombrero y lo sacudió. El Flaco completó su atuendo de nuevo.

A su espalda, rompiendo el horizonte, sus compañeros de banda lo observaron sonrientes, pero manteniendo la esencia del desierto: silencio. Quedaban unas cuantas horas de luz, aunque hacía bastante que el día se había alejado del calor y empezaba lentamente a adentrarse en esa hora previa al ocaso, cuando la brisa pasa de fresca a helada. No obstante, faltaba todavía para que los arreboles se tomaran el cielo y el festín de colores violáceos diera paso a una noche estrellada.

Sobre sus caballos, colina arriba, estaban Juan el Huraño y la Rubia mirando un círculo de jotes: los famosos Aura Gallipava o Jote de Cabeza Roja, quienes alzaron vuelo cerca, presagiando la muerte.

El Flaco se devolvió hasta ellos sin prestar atención a las aves y volvió a montar en su caballo, un animal viejo, de color blanco con unas manchas grises que parecían ensuciarle el pelaje. La Rubia giró hacia la alforja de su montura y sacó un poncho gris. Sin mayor cuidado se lo lanzó al Flaco, quien lo vistió como si de una capa se hubiera tratado. No es necesario decirle a un pampino que la noche es fría, incluso cuando el sol todavía se mantiene firme en el cielo.

Un gruñido rompió el silencio y de paso desarmó el círculo de jotes en el cielo, haciendo que las aves emprendieran la huida hasta perderse en el horizonte, dirección a la costa. Se trataba de un comportamiento que constituía un mal presagio, pero poca atención le dieron los bandidos. Sin mediar aviso, Juan el Huraño lanzó un escupo que el viento llevó directo a la bota del Flaco. Seguidamente, el Huraño gesticuló llevando uno de los dedos de su mano derecha hacia el corazón.

—Hoy no se muere nadie —dijo con un tono de voz aguardentosa.

La Rubia soltó un suspiro que estremeció el desierto. El Flaco no rezongó: entendió que el escupo y el gesto de su amigo fueron para espantar los malos presagios y se limitó a limpiar su bota con el pelaje de su caballo.

El silencio volvió casi de inmediato y el resoplar del viento en sus oídos se convirtió en un integrante más del grupo. La Rubia volteó hacia su otra alforja y tomó de ella una bolsa con agua que apretó para darle un buen sorbo.

—Deja para más rato, Rubia —gruñó el Huraño —. La huida va a ser larga entre las dunas, y los caballos van a reventarse si no les dejamos agua —agregó mientras se acomodaba el raído sombrero tipo bombín sobre su calva. El Flaco levantó la mano para llamar la atención de los otros dos bandidos.

—¡Allá! El Indio escuchó algo —dijo sin expresión en su rostro.

Colina abajo estaba el Indio Coaquina, el cuarto integrante de la banda, parado junto a las vías del tren. Detrás de él, una pesada carreta vieja llena de fardos de heno que momentos antes, con ayuda de los otros bandoleros, arrastró para obstruir las vías. Se agachó hasta poner su enorme y velluda oreja contra el riel, mientras arriba los demás aguardaron en suspenso.

—¡Ahí viene! —gritó al ponerse de pie con dificultad y echar a correr hacia la carreta. Extrajo de una bolsa de cuero dos cerillas etéreas y las arrojó con fuerza al interior del carro. Luego de que el tubo de cristal de las ceri-

llas se rompió, el compuesto de fósforo que impregnaba el papel se encendió y se inflamó al contacto con el aire. Las cerillas ardieron por poco tiempo, pero el suficiente para encender el heno y comenzar a incendiar la carreta.

Juan el Huraño cubrió su cara con un pañuelo sucio y tomó su rifle, mientras que con la otra mano asía fuertemente las riendas de su caballo. Lo siguieron la Rubia y el Flaco, quienes también se aprestaron para el asalto. El suelo tembló, envuelto en un sonido mudo, intraterrestre: un murmullo que poco a poco iba ganando en volumen. Los tres miraron hacia el horizonte y vieron aparecer, entre espejismos, la imponente máquina. Era el tren de Huanchaca.

La fundición de Huanchaca había entrado en operación algunos años antes, y su actividad prontamente significó prosperidad y riqueza. Sus instalaciones se encontraban al sur de la ciudad de Antofagasta, muy retiradas del centro urbano. Diariamente se recibía el preciado cargamento de mineral de plata que venía desde Puclayo, al otro lado de la cordillera. A la fiebre del oro blanco, se añadió la de la plata; y desde cada rincón de Chile, Bolivia y Perú llegaron todo tipo de aventureros para obtener su tajada. Traían las maletas cargadas de ilusiones, que se reventaron contra la inmensidad de un desierto hostil, no apto para la vida de los soñadores. Pero hubo un grupo que no cargó fantasías entre sus bártulos. Aquellos necesitaban algo más concreto que un sueño y, principalmente, precisaban algo que pudiesen gastar con rapidez. Así fue como los ojos de los más impacientes se dirigieron a Huanchaca y sus riquezas, al tren y sus cargamentos llenos de plata, a la locomotora desprotegida. Después de todo, la ocasión hace al ladrón.

Un "soplo" que le dieron al Huraño, en una taberna de Antofagasta, refería que esta vez el tren iba a cruzar el desierto con algo más que sólo vagones cargados de mineral de plata, el cual no tenía mucha valía sin su proceso en la fundición hacia donde lo llevaban. Por supuesto, no se trataba del botín favorito de los bandidos, ya que reducirlo en el comercio implicaba un largo proceso de

fundición, para el cual no tenían ni el tiempo ni los conocimientos… Pero aquella vez el tren también cargaba una caja fuerte muy importante, la que, se rumoreaba, era propiedad de la acaudalada familia Gibbs. Ese sí que resultaba un botín atractivo.

La mole de hierro rompió en dos el desierto y el cielo con su estela de humo. Furiosa, se acercó hacia los cuatro bandidos como un toro que embiste sin piedad. Su poderosa caldera le permitía alcanzar unos increíbles cien kilómetros por hora, lo que la convertía en una bala imparable. Por eso necesitaban el fuego: el maquinista debía verlo desde lejos para alcanzar a frenar. Y a los bandidos les urgía que el tren se detuviera, si querían abordarlo y huir con el botín.

—Ahora sí. ¡Hoy día la hacemos en grande, Flaco! —gritó Juan el Huraño, mientras juntaba coraje para galopar contra la locomotora.

Los frenos del tren rechinaron con furia y lanzaron al viento una constelación de chispas naranjas que se apagaron antes de tocar la arena. El chillido de los fierros apretándose contra los rieles se alargó en un quejido agudo, hasta que la máquina disminuyó la velocidad. Tres bocinazos al aire le advertían al imprudente que estaba bloqueando la vía, que tal vez la bestia de hierro no lograría detener su andar. La punta de la locomotora golpeó la carreta con la fuerza suficiente para tumbarla. El fuego se esparció por las vías, alimentado por el heno, pero su sacrificio valió la pena. La locomotora se detuvo antes de avanzar un metro más. Los fierros aún rechinaban y crujían, como si se enfriaran con el aire, y la caldera de vapor liberó de sus tuberías el exceso de gas en un resoplido que se asemejó al de un toro. El maquinista se asomó.

—¿Qué pasa, indio? Saca tu carreta de las vías y ándate a joder a tu pueblo —recriminó. Pero Coaquina no dio réplica: se limitó a levantar su mano y guardarse para sí el motivo perverso que gatilló su sonrisa.

Se escuchó el grito de Juan el Huraño al mismo tiempo en que con sus espuelas golpeaba las costillas de su caballo, rifle en mano. Junto a sus dos compañeros bandoleros, bajó la colina para rodear la locomotora del tren.

El maquinista se distrajo con el grito y miró colina arriba mientras veía la polvareda que levantaban los caballos bajando a todo galope. El horror inundó sus ojos a tal punto que no se dio cuenta de que, a su lado, Coaquina ya estaba encaramado en la máquina apuntándolo con el revólver Colt que le regaló su amigo el Flaco. En la sien del maquinista se instaló el frío del metal. El revólver, que Coaquina manipulaba con impecable destreza, era una de las armas gemelas que el Flaco robó años atrás a un aventurero estadounidense. Vaya a saber uno si el legítimo dueño vivió o no para denunciar el robo. Eran armas conmemorativas de la Guerra de Secesión, que unos cuarenta años antes dividió a aquel país, probablemente regalo de algún general retirado. Sólo el destino podía encargarse de que ambos revólveres quedaran en las manos de dos pistoleros de las pampas antofagastinas, quienes, en un acto de fraternidad criminal, se repartieron uno cada uno, como un lazo de hermandad que únicamente el plomo podía disolver.

—Quédese quietecito nomás, patrón, y no le va a pasarle naita —dijo el indio Coaquina mientras amartillaba el Colt. Pero comenzó a sospechar que había algo inusual en aquel asalto cuando, en vez de suplicar por su vida, el maquinista comenzó a sonreír, cada vez más ampliamente, hasta desbordarse en una carcajada nerviosa.

—No sabíh en la que te metiste, indio —contestó el maquinista al tiempo que los bandidos llegaban a rodear la locomotora. Juan el Huraño y la Rubia se fueron recorriendo el tren por su costado derecho, saltándose el vagón de pasajeros para pasar directamente a los que cargaban la plata. Por la izquierda, el Flaco se detuvo a mirar a las personas. El tren de Huanchaca no debía llevar pasajeros.

—Cállate, mierda, y bájate de la máquina ahora mismo, si no querih que te llene los pulmones de plomo —replicó el Indio mientras le daba empujones al maquinista; sin embargo, este no renunciaba a su actitud burlona.

—No, indio de mierda. Ni me vai a meter plomo, ni te vai a robar algo de este tren. Tampoco vai a salir vivo de esta —contestó el maquinista, para luego dar un silbido que resonó en toda la pampa.

No había pasado un segundo desde el chiflido, cuando el Indio vio cómo de una de las ventanas asomaba un hombre de aspecto anglosajón con un rifle, a las espaldas del Flaco, y enseguida apuntaba a este. El Indio le gritó a su amigo para advertirle, pero no pudo evitar que el guardia armado le disparara. La bala rozó el brazo derecho del Flaco, que alcanzó a percatarse del tirador, y pasó luego junto a la cabeza del caballo, el cual se encabritó desesperado, intentando deshacerse de su jinete. Con rabia y precisión, el Indio le metió una bala entre los ojos al maquinista y corrió a la ventana a advertir sobre la trampa a los otros dos bandidos.

Diez hombres salieron del carro de pasajeros. Iban con fusiles y rifles, dispuestos a repeler el asalto. Era la guardia armada que los ingleses habían contratado meses atrás para evitar los robos de sus minerales. De un tiempo a esta parte, la pampa se había convertido en una tierra sin más ley que la del plomo.

Entonces se desató el infierno en el desierto.

El Flaco galopó a lo largo del tren, disparándole a cuanto cuerpo se asomara, pero su carrera no duró mucho. Un balazo seco perforó la cabeza de su caballo y lo mandó pesadamente a tierra. Como pudo, se puso de pie y se cubrió detrás de su animal muerto, pertrechado con la segunda Colt .45 tallada y un revólver Smith & Wesson. Comenzó a disparar. Con los primeros tres tiros abatió a dos hombres que, desde encima del techo del vagón, descargaban sus Winchester. El Indio Coaquina, de un salto, bajó de la locomotora y corrió hacia los restos de la carreta para parapetarse a cubierto, mientras les disparaba a los otros dos hombres que acechaban a su amigo.

Alcanzó a uno de ellos, que voló desde la ventana del vagón hasta el suelo. La Rubia disparó con agilidad tres tiros de su rifle de repetición, abatiendo a dos hombres más, pero el Huraño quedó petrificado.

Más de cincuenta tiros se dispararon en menos de treinta segundos. Ambas partes se preocuparon de aniquilarse los unos a los otros, aunque los bandidos iban peor preparados: pronto se quedaron sin balas. Salvo por Juan el Huraño, quien no disparó un solo tiro y se alejó apenas pudo hacia una colina, desde donde miró la acción con una mueca de satisfacción mezclada con indiferencia.

—¡Me quedé sin balas! —gritó el Flaco, quien no se atrevía a salir de detrás de su animal muerto.

—¡Tengo dos tiros! —agregó el Indio Coaquina.

—¿Quién cresta sale a un asalto sin balas, poh, Indio? —preguntó la Rubia mientras recargaba su fusil. Desde el carro, uno de los hombres de la guardia armada saltó a la locomotora para echarla a andar y huir del lugar. Los otros guardias que sobrevivieron se aprestaron a recargar sus rifles.

Al escuchar que el improvisado maquinista soltaba el freno de la bestia de hierro, el Indio abandonó su posición en la carreta para huir a un lugar más seguro. Las balas empezaron a llover de nuevo. La Rubia galopó con su caballo hasta perderse entre la arena, y el Flaco se quedó solo.

—¡Flaco, corre hacia las dunas! —le gritó Coaquina a su amigo, en tanto de lejos la Rubia intentaba cubrirlo disparando su rifle. El Indio hizo lo propio con los últimos tiros que le quedaban. Los guardias iban mejor armados, mas tenían peor puntería.

El Flaco tomó aire y se paró de su posición para intentar huir hacia las dunas. No se dio cuenta de que del techo se abrió una toma de aire y desde ahí salió un guardia de aspecto parco, con un mostacho rubio y el ceño fruncido. Levantó su rifle y, sin pensarlo dos veces, le metió un balazo. Fue el último disparo del tiroteo y pegó seco en el hombro derecho del bandido… Herida de entrada y de

salida, lo mandó a volar al menos un metro, hasta que se estrelló de cara en la arena. El sombrero Stetson del Flaco saltó de su cabeza y rodó por el suelo. Ahí quedó tirado el bandolero.

Juan el Huraño miró con satisfacción y, sin mediar palabra, galopó con dirección a Calama. El Indio vio con horror cómo su amigo yacía inerte junto a los rieles y esperó a que los guardias armados se metieran al vagón para aprestarse a continuar su camino hacia Antofagasta. Apenas los ingleses se pusieron a cubierto, Coaquina fue hacia su amigo. Nada había ya que hacer, el Flaco no respondía.

—¡Indio, te van a matar! ¡Vámonos, mierda! —gritó la Rubia al tiempo que se aprestaba a huir en la misma dirección que el líder de la banda.

Coaquina tomó el sombrero del caído y se lo calzó. Luego le dio unas palmadas en la cabeza y se aprestó a huir.

Sabe bien que la vida de un bandido termina en la arena; sabe bien que no hay entierro ni despedidas para ellos. Además, el Indio no cree en esas cosas del espíritu: él sabe que después del plomo no hay nada.

La Rubia lo recogió en la cima de la duna y los dos se perdieron en el horizonte. El tren siguió su camino a Huanchaca y su resoplido se alejó hacia la costa. Junto a las vías quedó el cuerpo del Flaco, abandonado a su suerte. Una ofrenda para los jotes, que presagiaron el desastre antes del asalto. Después de un minuto de tormenta y truenos, la pampa volvió a ser lo que siempre había sido. Silencio.

Juan Manuel
Almirón 16

Juan Ma
Almag
201

2. POLVO, MENTIRAS Y SALITRE

I

Las calles parecían las de un pueblo fantasma: secas, llenas de polvo, sin vida. El calor del desierto arreciaba y el suave viento que corría desde el océano apenas si era capaz de arrastrar el aroma salino de la costa. Ni hablar de refrescar el ambiente.

Por supuesto, no puedes esperar otra cosa si es un domingo de verano y has decidido regresar a Mejillones para refugiarte del pasado que te atormenta y que ha puesto un precio sobre tu cabeza.

Eloísa era consciente de ello, lo fue desde que abandonara Calama agobiada por la necesidad de huir de los fantasmas de ese pasado turbulento.

En días así, en los que se siente un alma solitaria que vagabundea por un puerto del desierto, y sin alguien con quien compartir unas copas expiatorias, extraña a la Rubia. Añora su espíritu aventurero y despreocupado, su semblante sereno ante la adversidad y, sobre todo, su determinación. Si tuviera aunque fuera un cuarto de aquel arrojo, no estaría escondida como una rata en ese puerto miserable al que su padre la había arrastrado tantos años atrás.

Al menos el hecho de que el viejo bribón anduviera embaucando en Tacna y Arequipa (y seguramente huyendo de los incautos de Antofagasta a los que ya había esquilmado), le dejaba el consuelo de tener toda la vieja casona que miraba hacia Punta Angamos sólo para ella. Nunca le gustó Mejillones, pero la vista de la bahía en algo le recordaba a su Valparaíso natal.

Pese a la reputación de su padre, Eloísa se sentía forzada a guardar las apariencias cada vez que estaba en Mejillones. Allí trataba de verse como una dama de familia respetable, pese a que, a diferencia del resto de las señoritas de bien de la ciudad, no solía pasear con compañía ni mucho menos iba con chaperona. Esto último era escandaloso, cuando menos a ojos de las señoras de más edad, pero a ella bien poco le importaba.

Como tampoco le importaba lo que fueran a decir si hacía una breve visita a la quinta del puerto, la única que parecía funcionar a toda hora. Su fachada de niña buena se caería a pedazos, pero le daba lo mismo: necesitaba un trago y mandar a todo el mundo al carajo. De hecho, cuando entró lo hizo con la secreta esperanza de ser testigo, para entretenerse, de alguna riña protagonizada por un par de ebrios, aunque su desilusión fue mayúscula al comprobar que el interior del tugurio lucía casi tan fantasmal como el exterior. Sólo pudo ver que en una mesa un par de parroquianos bebía en silencio, sin hablar entre ellos, como si todo lo que tuvieran que decirse lo hubiesen dicho ya, y el único nexo que los mantuviera reunidos fuesen los vasos de aguardiente.

Una muchacha se acercó a Eloísa para atenderla. Si había algo que realmente le gustaba de las quintas de recreo era que nadie cuestionaba su presencia, ni hacían gestos de reprobación al ver a una mujer entrando sola en busca de una copa. Pidió un vaso de bourbon de Kentucky y esperó pacientemente el regreso de la muchacha. No muy lejos del lugar donde estaba sentada, un hombre la observaba con atención, sin perder detalle de cuanto hacía.

Eloísa iba a tardar en notar su presencia, a pesar de que, desde el momento mismo en que entró al boliche, el tipo no le quitó los ojos de encima. Recién después de acabar su primer bourbon, supo de la presencia del hombre… cuando la muchacha le llevó un segundo trago, que no había pedido.

—De parte del caballero ese que está ahí, misiá.

Eloísa volteó la cabeza y se encontró con la mirada estoica del hombre. Al verlo, supuso de inmediato que se trataba de un afuerino; un extranjero, quizás. Cogió el vaso de licor y se puso de pie para acercarse al desconocido, debatiéndose entre agradecerle por la invitación o arrojarle el líquido a la cara. Vio sobre la mesa del tipo un ejemplar en inglés de un libro de Julio Verne y tomó la decisión.

—¿Le gusta "Viaje al centro de la Tierra", *miss*? —preguntó el forastero, quien, pese a su acento extranjero, parecía hablar un perfecto español. Ella, por su parte, agradeció secretamente que dijera el título en su idioma, porque de inglés era poco y nada lo que sabía.

—Lo leí cuando niña —respondió Eloísa.

—No debe de haber sido hace mucho, entonces —comentó con una sonrisa el extraño—. Siempre llevo conmigo un libro de Jules Verne en mis viajes, con la esperanza de encontrar a alguien que lo admire tanto como yo.

Eloísa no se consideraba una fanática del autor francés, aunque sí había leído un par de sus novelas de pequeña, cuando su madre vivía e intentaba inculcarle su amor por las letras. Pensó en decírselo al extranjero, mas optó por seguirle el juego.

—Pero dónde están mis modales —se reprochó el galán al ver que ella seguía en pie—. *Please*, tome asiento. Por cierto, me llamo Bredford Baker.

La forma en que pronunció el último verbo (“iamo”) le resultó divertida, y esbozando una sonrisa, preguntó:

—¿Americano?

—Británico. De Liverpool.

—Mucho gusto, Bredford.

—*Please, call me Bred.*

La mueca de interrogación de Eloísa resultó demasiado evidente para el extranjero, quien de inmediato repitió lo mismo, pero en español.

—Y a usted, ¿cómo debo llamarla?

Eloísa lo miró ceñuda y desconfiada, pero tampoco quiso ser descortés.

—Llámeme Rosario —mintió alzándole una mano que él cogió y besó con delicadeza—. Rosario Hills.

—Es un placer conocerla, Rosario.

El falso nombre de Eloísa se oía tan gracioso en la boca del extranjero, que no pudo evitar soltar una risita nerviosa. Él la miró divertido, intuyendo que le causaba gracia su acento, ignorante de lo que se ocultaba tras esa sonrisa que comenzaba a cautivarlo.

—Por cierto, su nombre familiar es inglés —comentó Bredford una vez que Eloísa se sentó frente a él—. ¿Tiene usted algún antepasado de ese origen?

—Sí —respondió Eloísa, acabándose su segunda copa de bourbon de un solo trago—. Mi abuelo paterno era un yanqui que se vino buscando oro y se fue con la cola entre las piernas.

—Para tener ascendencia yanqui, no es mucho el inglés que habla; ¿me equivoco?

"¡Estúpida Eloísa!", se recriminó la mujer al darse cuenta de la falla en su historia.

—Es cierto —respondió con total descaro—. Paradójicamente el culpable es mi propio abuelo. Como el viejo bastardo abandonó a mi abuela y sus hijos en cuanto se dio cuenta de que la fortuna le era esquiva, ella terminó aborreciendo todo lo que olía a gringo, incluyendo el idioma. Supongo que eso se traspasa.

El inglés estaba embobado oyendo a Eloísa, a pesar de su conducta algo vulgar y su afición por la bebida.

—Cuénteme, Bred, ¿qué lo trae a esta tierra abandonada de la voluntad del Señor?

—Mucho me temo que mi respuesta a su pregunta podría no agradarle demasiado, pero me siento obligado a ser honesto con usted: al igual que su abuelo yanqui, vengo en busca de fortuna… aunque no persiguiendo el oro que le fue tan esquivo.

Bredford hizo una pausa para pedir que les renovaran sus bebidas y trajeran algo de comer. Luego sacó una cajita metálica del bolsillo interior de su chaqueta, la abrió y ofreció a Eloísa uno de los cigarros que guardaba en

su interior, advirtiéndole que se trataba del mejor tabaco que podía comprarse en Londres.

—La riqueza de la pampa chilena es increíble —siguió con su presentación mientras encendía los cigarros—, y no veo por qué no habría de compartirla conmigo.

"Otro chiflado que cree que es tan sencillo como venir y sacar un poco de caliche de la tierra para hacerse rico", pensó Eloísa de inmediato.

—Aunque, si debo ser franco, no vengo a probar fortuna como su ancestro —dijo sin embargo el inglés—. No es necesario, teniendo una oficina completa a cargo.

La sonrisa del extranjero al final de su explicación carecía por completo de autosuficiencia o soberbia, era más bien humilde. No estaba haciendo alarde de su estatus, sino que parecía auténticamente complacido, como si estuviera cumpliendo un sueño. Sueño que de inmediato capturó el interés de Eloísa, pues en él podía estar la llave para dejar atrás a sus fantasmas y la aburrida vida en Mejillones.

—Muchas felicidades, entonces —dijo con un toque de sensualidad—. Brindemos para celebrar.

Las horas fueron pasando rápidamente. El inglés contó más detalles de su nuevo cometido, del sueldo que recibiría y de sus proyectos para convertir a la Oficina Salitrera Santa Fe en la más grande del mundo. Ella, por su parte, no pudo más que continuar con su historia ficticia, y explicar el modo en que la familia de su abuela había emigrado a Santiago para huir de la deudas en las que la había sumido su abuelo tras el abandono; las razones de su padre para regresar al norte, con la intención de triunfar allí donde su progenitor había fracasado; lo que había sucedido durante sus años en Antofagasta y lo relativo al novio que perdiera durante la guerra civil, relato este último que, en buena medida, era real.

Cuando se dio cuenta de lo ebrios que estaban, Eloísa se excusó con el extranjero, haciéndole ver lo tarde que era y que debía regresar a su hogar.

—¿Qué clase de caballero inglés sería, si no le ofrezco acompañarla a casa?

Eloísa rechazó amablemente el ofrecimiento, pero Bredford insistió tanto, que finalmente no se pudo negar. Le molestó que fuera tan cargante, pero al menos le serviría para coquetearle un poco más y, de paso, hacerse la difícil. Sin duda eso la ayudaría a captar aún más la atención del extranjero.

Caminaron a paso lento, disfrutando del fresco aire del anochecer, la brisa marina y la tenue luz del ocaso. Parecía un escenario muy romántico, pero Eloísa no estaba dispuesta a sucumbir a lo que el inglés tuviera en mente. No tan pronto.

Por su parte, si bien tenía ganas de continuar la velada a su lado, Bredford no insistió mucho en acompañarla: se despidió caballerosamente y se alejó envuelto en el aroma vaporoso de la que sería su futura conquista.

II

Esa noche Eloísa soñó con la Rubia, pero cuando despertó era poco lo que recordaba de eso, excepto que, al igual que en otras ocasiones, aquella la llamaba insistentemente. La diferencia fue que esta vez no tuvo temor de ir a su encuentro. Es más, sintió que la necesitaba para seducir al inglés sin ella misma sucumbir, a su vez, a los encantos que de seguro el hombre tenía, más allá de la fortuna que iba a forjar explotando la pampa.

Como estaba dispuesta a abandonar Mejillones tan pronto como Bredford se lo propusiera, Eloísa dedicó toda la mañana a registrar la casa en busca de objetos de valor que luego vendería en Antofagasta con el propósito de tener un poco de efectivo; era bueno contar con un plan alternativo en caso de que algo saliera mal estando ya en la salitrera. No fue mucho lo que encontró, ya que su padre, bribón desconfiado, solía llevar sus bienes más valiosos consigo. No obstante, logró dar con algunas reliquias del clan Montenegro, por las que podría obtener un buen dinero.

Aparte de los tesoros familiares, Eloísa también halló un objeto que creía olvidado y perdido, y que no hizo más que atraer de nuevo a sus persistentes fantasmas del pasado: el único recuerdo que guardaba de Miguel.

El idealista de Miguel. El liberal de Miguel. El soldado Miguel.

El estúpido Miguel que fue a meterse donde nadie lo necesitaba, sólo para recibir tres tiros por la espalda y una puñalada de bayoneta en el vientre por si los tiros no hubiesen sido suficientes para segar su vida.

"Miguel, maldito hijo de puta que me abandonaste".

Era el único hombre al que había amado de verdad y alguien que, como todos, la había dejado. Y ¿para qué? Para defender un puto gobierno que hacía rato se había ido al carajo.

Eloísa guardó la medalla junto al resto de los bienes familiares de los que pretendía deshacerse, aunque no sabía si sería capaz de empeñarla. Ni qué decir venderla. Según le había dicho Miguel, era una condecoración que había recibido de manos del propio general Baquedano, como reconocimiento al valor demostrado en la batalla de Miraflores. Ella siempre dudó de la historia e incluso se mofaba de su novio cada vez que hablaban de esta, pero eso nunca lo desmotivó de lucirla con orgullo. Fue el último obsequio que le dejó antes de dejar Antofagasta para sumarse a las filas balmacedistas reunidas en Santiago, justo en las vísperas de la infernal batalla de Placilla.

—Estúpido Miguel —gruñó Eloísa antes de lanzar lejos la bolsa donde guardó sus tesoros.

"Pareces una pendeja llorona", se recriminó al darse cuenta de lo absurdo de su conducta. Fue por la bolsa y salió como alma que lleva el viento a la calle en busca de un transporte que la llevara cuanto antes hacia Antofagasta.

En cuanto la carreta se detuvo en la plaza de armas de la ciudad, Eloísa descubrió que el tema obligado de los folletos informativos eran los constantes asaltos a los que se veían expuestos los trenes de transporte de minerales. Aún se hablaba de cómo la Compañía Minera de Huan-

chaca logró frustrar el atraco al tren de plata proveniente de Bolivia. Eloísa cogió uno de los pasquines y lo leyó a la rápida. Cuando terminó de ojearlo, lo arrugó furiosa y lo lanzó al suelo. Se buscaba a una mujer y a un indio que participaron en el asalto y que sobrevivieron al tiroteo con los guardias de la Compañía. La recompensa por sus cabezas era cuantiosa, pero lo que realmente enfureció a Eloísa fue que no hubiese media palabra sobre el líder de la banda. El hijo de puta al que la Rubia ansiaba volarle los sesos, el infame Juan el Huraño.

Eloísa decidió que la ciudad no era el mejor lugar para andar paseándose distraídamente, así que se ocupó con rapidez de sus asuntos: vendió la mitad de las cosas que llevaba consigo y empeñó la otra mitad… aunque conservó la medalla de Miguel. La maldita nostalgia del amor aún no olvidado le impidió deshacerse de ella. Pensó en eso durante todo el trayecto de regreso a Mejillones, y recién lo vino a olvidar cuando se reencontró con Bredford, el extranjero que estaba impaciente por volver a verla.

III

La cita de Eloísa con el inglés comenzó de manera muy distinta a como fue su primer encuentro; desde temprano él dejó en evidencia su interés por cortejarla.

Pasearon con tranquilidad por el puerto, disfrutando del agradable aire marino y charlando de temas sin importancia; despreocupados del resto del mundo. Eloísa derrochaba sensualidad y simpatía, pero siempre mantenía la distancia, pues intuía que, mientras más le costara la conquista al británico, más se empeñaría en tratar de hacerla suya. Por su lado, el forastero poco estaba haciendo para resistir sus instintos, esos que la educación y sociedad de su país natal reprimieron inculcando sobriedad; en el fondo a Baker siempre le habían gustado las mujeres de carácter, peleoneras y que, debajo de un manto de señorita, escondieran el salvajismo de una mujer fogosa, como pasaba con muchas latinas.

Cuando se hizo lo suficientemente tarde, Bredford acompañó a Eloísa hasta su casa y, antes de despedirse, le dijo:

—*Dear* Rosario, antes de despedirme, hay algo que he querido decirle durante toda la velada, pero me apena hacerlo.

—¿De qué se trata, Bred? Puede decirme lo que guste con toda confianza.

—He debido adelantar mi viaje a Santa Fe, pues me necesitan allá con urgencia. Partiré mañana a primera hora.

"¡Ay, gringo tara'o, y ahora recién me lo dices!", pensó Eloísa sintiendo, que sus planes se irían rápidamente a la basura.

—Es una lástima —contestó con fingido pesar—. No esperaba que tuviéramos que despedirnos tan pronto.

—Es lo mismo que he pensado yo —comentó el inmigrante—. Sería una lástima que esta amistad tan bonita que ha nacido entre nosotros se acabe tan pronto.

"Vamos, viejo, di lo tuyo".

—Perdone mi atrevimiento… —indicó Bredford después de una pausa casi interminable—, pero me preguntaba si a usted le gustaría acompañarme.

"¿Y eso te costaba tanto?", pensó Eloísa disfrutando de la expresión nerviosa del británico, mientras alzaba los hombros como queriendo decir que no tenía idea de qué le estaba hablando.

—Viajar conmigo a Santa Fe

—Me toma usted por sorpresa, Bred. La verdad no me lo esperaba.

Eloísa sabía ocultar a la perfección el cinismo.

—*¡Of course!* —exclamó Bredford azorado—. En qué estaba pensando. Usted tiene su hogar aquí: no existe razón alguna para que emprenda una aventura tan descabellada con un desconocido.

—Tranquilícese, Bred —replicó la mujer con suavidad—. No he dicho que no.

—Entonces, ¿me acompañará?

El inglés recuperó rápidamente el entusiasmo y esperó con paciencia a que Eloísa le dijera de una buena vez que sí… pero, en lugar de ello, le respondió:

—Si pudiera retrasar su viaje al menos un par de días para pensarlo mejor y dejar todo arreglado para mi partida, podría acompañarlo encantada.

—No se diga más, entonces —soltó Bredford con alegría—. Por la mañana enviaré una nota para avisar sobre mi retraso.

El hombre no tardó en recuperar la compostura y el talante que se esperarían de un británico de su talla, perdido momentáneamente por culpa de sus hormonas enloquecidas, como si de un quinceañero idiota se tratara. Eloísa estaba auténticamente divertida con los cambios de actitud tan repentinos que había observado en su pretendiente, así que le costó un tanto ocultar su verdadero rostro detrás de aquella careta cínica e insulsa. Eso sí, su sonrisa no era del todo falsa.

IV

Apenas abandonó la costa, Eloísa comenzó a cuestionarse el plan que tan improvisadamente había trazado. Tenía tantas ganas de volver a la pampa como de darse en la boca con una piedra, pero ahí estaba, montada en el único carro de pasajeros del tren que la llevaba desde Antofagasta hasta la oficina salitrera Santa Fe. Era un coche lujoso, que contrastaba con el resto del convoy, formado por varios carros de carga que sólo llevaban suministros para las faenas de explotación de las calicheras.

Desde el momento mismo en que abordó el tren, comprendió que debía dejar a Eloísa Montenegro en Mejillones y que, desde entonces, debía asumir la identidad de Rosario Hills de forma permanente.

—La noto pensativa, Rosario.

El inglés recién se había sentado en su butaca, pues desde la salida del tren había estado tratando con otra gente los asuntos relacionados con sus negocios.